

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo A2023

Hoy celebramos la solemnidad del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. La solemnidad del cuerpo y la sangre de nuestro Señor es la celebración de la presencia real de nuestro Señor en la Eucaristía.

Esta fiesta tiene sus raíces en lo que Dios hizo por el pueblo de Israel cuando salieron de Egipto. Mientras peregrinaban por el desierto, el hambre y la sed los redujeron. Pero, Dios les rescató al darles maná para comer y agua para beber.

Esa acción fue considerada como la manifestación de la bondad y generosidad de Dios. El maná, en particular, fue visto como el símbolo de la supervivencia de la nación sin la cual habría perecido. Por eso, en el imaginario popular de los judíos, el maná significaba mucho. Por lo tanto, sería inaceptable, y hasta una blasfemia, que alguien hablara del maná de manera irrespetuosa. Y sin embargo, es exactamente lo que nuestro Señor hizo al comparar el maná que sus antepasados comieron en el desierto con el pan que les da.

Hay una pregunta: ¿Por qué Dios permitió que Israel vagara por el desierto? Dios quería enseñarles que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Dios quería que aprendieran que su supervivencia depende solo de él. Por eso Moisés les recomendó que no olviden a Dios que les sacó de Egipto y les salvó de la esclavitud.

Tal realidad nos recuerda aún hoy que nuestra supervivencia y nuestro éxito dependen solo de Dios. Por supuesto, somos responsables de nuestra vida y nuestro futuro. También es cierto que si no hacemos nada para triunfar en la vida, nadie lo hará por nosotros. Sin embargo, incluso cuando hemos trabajado duro, el éxito de nuestro trabajo es posible solo porque Dios nos ha bendecido. Esta verdad es lo que el Salmo 127 destaca cuando dice: “Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles; Si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila la centinela”.

Esta dimensión de un Dios cariñoso y salvador está detrás de esta celebración. De hecho, al instituir la fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo, la Iglesia quería enseñarnos que es Jesús quien nos da la vida y nos sostiene en la vida. Como dice Jesús mismo: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida”.

Estas palabras fueron muy difíciles de entender para los judíos e incluso hoy para algunos. Los judíos se preguntaban ¿cómo podía darles a comer su carne? Sin embargo, en lugar de corregir su discurso, Jesús incluso lo hizo más difícil al añadir: “Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes”.

Tales palabras no significarían solamente un alimento espiritual que nuestro Señor daría o un lenguaje simbólico que usó, como pretenden algunos. Un examen serio de este texto muestra claramente que hay identificación entre el pan que Jesús da y su carne, y entre la copa que da y su sangre. El pan que él da, da vida de la misma manera que su persona. La copa que él da, da vida de la misma manera que su persona. Esto es lo que los judíos entendieron y por eso se pusieron a discutir entre sí.

Sin embargo, debemos recordar que cada vez que nuestro Señor fue malinterpretado, corrigió directamente a sus oyentes, como en el caso de la muerte de Lázaro, confundido por sus discípulos como dormido (Juan 11: 1-44). Hay también el caso de Nicodemo que se preguntaba si tenía que volver al seno de su madre para nacer una segunda vez mientras Jesús hablaba del Bautismo en el Espíritu (Juan 3:1-20).

Pero en este caso del pan de vida, nuestro Señor no se corrigió. Su silencio demuestra que quiso decir lo que dijo y que deberían tomarlo literalmente tal como fue y como lo escucharon. De todos modos, esto no hubiera sido de otra manera, porque según la antropología hebrea, carne, cuerpo y sangre representan a la persona en su totalidad y no a una parte de ella. Entonces, entendemos por qué Jesús pudo decir: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”.

En este sentido, el punto de esta celebración es de recordarnos que Jesús está enteramente, y de manera misteriosa, presente en la Eucaristía. El pan y la copa que ofrecemos en el altar en la Eucaristía son verdaderamente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. Jesús se da a nosotros en el pan y el vino eucarísticos para mantener su vida en nosotros. Al recibir el pan y la copa en el altar, recibimos el cuerpo y la sangre de nuestro Señor.

Porque nuestro Señor está enteramente en el pan y el vino eucarísticos, puede decir: “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él”. Entonces, al recibir el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, nos hacemos uno con él y estamos unidos con él. Al mismo tiempo, porque nuestro Señor que recibimos en la Eucaristía está vivo, da vida a nuestro cuerpo para que, incluso cuando muramos, podamos vivir con él.

Al compartir el cuerpo y la sangre de nuestro Señor en la Eucaristía, participamos del misterio de su vida que él ofreció una vez por todas en la cruz para nuestra salvación. Lo que recibimos en el altar, como pan y vino, es un signo externo de una actividad interna y misteriosa de nuestro Señor que opera dentro de ellos para dar vida al mundo. Siempre y dondequiera que se celebre la Eucaristía, Jesús continúa ofreciendo su cuerpo y su sangre en sacrificio como lo hizo hace dos mil años.

La Eucaristía realiza la comunión con nuestro Señor y con nuestros semejantes. Tiene un doble sentido de hacer presente en el tiempo el sacrificio de la cruz y de mantener nuestra unión con Cristo a través de nuestra unidad con nuestros hermanos y hermanas. Como dice San Pablo, “El cáliz de la bendición con el que damos gracias, ¿no nos une a Cristo por medio de su sangre? Y el pan que partimos, ¿no nos une a Cristo por medio de su cuerpo? Como el pan es uno, así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.

Al reunirnos en la misma mesa para recibir el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, tenemos el desafío de mostrar nuestra unidad unos con otros como comunidad de creyentes. Se nos recuerda el deber de solidaridad con los hermanos y hermanas de todo el mundo que no tienen comida. Hay una pregunta importante que debemos responder hoy: ¿Cómo podemos mostrar nuestra unidad como Discípulos de Cristo dentro de la Iglesia, si descuidamos trabajar por la unidad en nuestras familias y aquellos de quienes estamos alejados? Pidámosle al Señor que nos dé su vida al recibirlo en el Santísimo Sacramento. ¡Abramos nuestro corazón a la gracia de la Eucaristía!

Deuteronomio 8: 2-3, 14b-16a; 1 Corintios 10: 16-17; Juan 6: 51-58



Fecha de la Homilía: el 11 de Juno, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230611homilia.pdf